

DARIO CABANELAS, O. F. M.

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Abén Hazám y la enseñanza
en la España musulmana



DARIO CABANELAS, O. F. M.

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Abén Hazám y la enseñanza en la España musulmana

En la solemne apertura del curso académico 1893-1894 de la Universidad de Zaragoza leía don Julián Ribera su conocida monografía sobre *La enseñanza entre los musulmanes españoles*, cuya segunda edición aparecía precisamente en la ciudad de Córdoba, y bajo el patrocinio de su Real Academia, el año 1925 (1).

Este trabajo, basado principalmente en el despojo de los repertorios biográficos, contiene múltiples y valiosos datos, pero, después de los años transcurridos, necesitaría ser remozado, aprovechando para ello los documentos de diversa índole que en los últimos lustros han ido apareciendo y que permitirían una visión más amplia del tema en su conjunto y a la vez un conocimiento más detallado de ciertos elementos capaces de matizar con mayor fuerza y colorido estos cuadros plásticos de la vida real entre los musulmanes españoles.

Bajo este aspecto, los datos más interesantes no aparecen de ordinario en los textos históricos propiamente dichos, sino en los tratados de *hisba*, por ejemplo, en las colecciones de contratos y en opúsculos de muy variada contextura, cuyos simples títulos no siempre permiten adivinar su real contenido. Entre los de este género puede contarse el que lleva por título *Risalat maratib al-'ulum* o "Clasificación jerárquica de las ciencias", uno de los dieciséis conservados en el manuscrito 2.704 de la biblioteca de *Sehid 'Ali Basa* en Istanbul y debidos a la pluma de Aben Házam (2).

El año 1934 publicó don Miguel Asín un extracto de cada uno de estos opúsculos, insinuando, respecto al de la "clasificación de las ciencias", que tal vez en otra ocasión ofrecería la edición y traducción completas de su texto (3). Como el gran maestro no

llegó a realizar su propósito, durante mis años de trabajo en la Escuela de Estudios Arabes de Madrid, donde se conservan las reproducciones del citado manuscrito, transcribí y traduje buena parte de este opúsculo y de otro más breve, de contenido parcialmente similar (4), con la esperanza de publicarlos algún día acompañados de un estudio analítico y en relación con otras clasificaciones de las ciencias muy en boga durante la edad media, como son principalmente las de Aristóteles, Avicena y Santo Tomás, aunque éstas aparecen elaboradas con distinto criterio.

Mientras tanto, el *Dr. Ihsan Rasid 'Abbas* editaba en El Cairo el año 1954, y precisamente conforme al citado manuscrito de Istanbul —que, al parecer, continúa aún siendo único—, ocho de los opúsculos anteriormente aludidos, entre ellos los dos a que acabo de referirme (5). Prescindiendo, pues, de la edición, espero poder publicar en breve la traducción y estudio de ambos tratados con motivo de este noveno centenario de la muerte de Aben Házam. De momento tan sólo voy a tratar el aspecto aludido en el título de esta comunicación, que tal vez no carezca de interés en una visión de conjunto acerca del gran escritor cordobés (6).

Tres partes esenciales cabe señalar en el primero de ambos opúsculos, que es el de mayor importancia para mi actual propósito: primero, una especie de introducción general acerca del origen de las ciencias, la supervivencia y supremacía de unas sobre otras y ciertas consideraciones de índole muy diversa acerca de su estudio; luego, la clasificación jerárquica de las mismas conforme al orden que debe seguirse en su aprendizaje; y, por último, la mutua relación entre ellas existente, así como los deberes que este nexo estructural impone a sus cultivadores.

Pero antes de pasar adelante, hemos de adelantar una observación sustancial, valedera para todo el contenido del opúsculo: Aben Házam enfoca en él el problema de la clasificación sistemática de las ciencias, no desde el punto de vista lógico y filosófico, sino más bien como teólogo y moralista. Por ello, y a diferencia de las clasificaciones anteriormente aludidas, no se basa en los diversos grados de abstracción mediante los cuales el entendimiento humano examina la realidad de las distintas categorías científicas representadas por la física, la matemática y la metafísica, sino que fundamenta su criterio en la mayor o menor necesidad que el hombre tiene de cada una de las ciencias para conseguir su fin último, y en la más o menos eficaz ayuda que cada una de ellas puede prestarle en la consecución de semejante objetivo.

Esto quiere decir que el punto de vista religioso y teleológico constituye el norte orientador de Aben Házam en la estructuración de su opúsculo, el cual, sin embargo, no carece de interés aún dentro de la esfera de las clasificaciones tradicionales, por

cuanto en muchos casos supone una valiosa aportación para fijar el contenido ideológico de ciertas ramas de la enciclopedia griega e islámica; pero todo ello según un plan pedagógico que, tomando al niño de la mano, lo conduce desde sus primeros pasos en la expresión oral, en la lectura y escritura, hasta la cumbre suprema de la teología y la revelación. Esta es precisamente la razón primordial de relacionar aquí este opúsculo con el tema de la enseñanza entre los musulmanes españoles, pues la clasificación de las ciencias que en él se propone aparece inspirada en la orientación pedagógica de aquélla (7).

Mas el desarrollo de este plan, que por su misma naturaleza tal vez podría resultar árido y sin especial atractivo, se halla certeramente sazonado por toda una serie de comentarios, observaciones y reflexiones personales, en general breves, pero casi siempre incisivas, cargadas de gran sentido pragmatista y matizadas por una intuición tan singular, que acaso constituyan el mérito más subido en estas páginas del gran escritor cordobés (8).

* * *

Aben Házam inicia su opúsculo con las siguientes palabras. en las que se percibe ya la idea central que ha de informar todo su contenido (9):

Dios (¡ensalzado sea!) honró a los hijos de Adán y los distinguió entre sus criaturas otorgándoles un don singular que les permite el cultivo de las ciencias y de las artes. Es necesario, por tanto, que el hombre no malverse este depósito a él confiado ni deje inactivo este don de su Creador, sino que, por el contrario, debe velar por su recto empleo y servirse de él en el logro de su último fin... Nuestros antepasados se aplicaron al estudio de las ciencias, cuyo conocimiento transmitieron, cual preciada herencia, a las generaciones siguientes; pero, de entre esas ciencias, unas hay que han sobrevivido y subsisten todavía, por su evidente necesidad, mientras de otros, borradas totalmente sus huellas y extinguidas sus señales, tan sólo su nombre perdura.

Como quiera que entre las ciencias actualmente existentes, unas son útiles al hombre para conseguir su último fin, mientras otras tan sólo pueden aprovecharle en la vida presente, el conocimiento de aquéllas ha de preferirse al de éstas, que únicamente han de ser estudiadas en la medida que ayuden a conseguir dicho fin, pero nunca con el exclusivo propósito de ganar dinero, ni aún con la más elevada pretensión de conservar la salud corporal.

La razón de esto es porque más fácil y seguramente que con la ciencia puede ganarse el dinero mediante el ejercicio de otras profesiones, por ejemplo, la agricultura o el comercio, donde el ignorante y el de incorrecto lenguaje suele conseguir mayor utilidad y provecho que el sabio encanecido y de larga experiencia. "Pues, si esto es así —subraya Aben Házam—, quienes cultivan la ciencia como medio de ganar dinero, cometen un doble y tremendo error: de una parte, abandonan el camino más fácil y corto para lograr su propósito y se lanzan por el más áspero, el más largo, el de menor y más tardío provecho; y, de otra, emplean la superior facultad de su entendimiento —que les distingue de los seres irracionales— en conseguir un metal que no saben cuando los dejará o ellos habrán de dejarlo" (10).

También resulta muy problemático y de discutible provecho, a juicio de nuestro autor, el cultivar las ciencias, por ejemplo la medicina, tan sólo para conservar la salud corporal, pues nunca es seguro que la enfermedad curada no reaparezca o que no se presente otra más grave, y mucho menos seguro es todavía el poder por tal medio evitar la muerte.

Pero si el aprendizaje de las ciencias profanas, con ser éstas poco útiles para ganar dinero y menos aún para conservar la salud corporal, exige tan notable y perseverante esfuerzo, más razonable será —advierte Aben Házam— consagrarse al estudio de las ciencias religiosas, que, sin tanto trabajo, conducen a una eterna felicidad (11).

* * *

Tras esta especie de introducción general, Aben Házam empieza a trazar el plan que habrá de seguirse, primero en la enseñanza elemental y luego en la superior, sirviéndole esta orientación pedagógica de hilo conductor en su clasificación de las ciencias. He aquí sus primeras palabras: "Todo hombre de recto juicio sabe muy bien que las ciencias sólo pueden adquirirse mediante el estudio, pero éste no puede realizarse sino oyendo, leyendo y escribiendo; por ello estos tres elementos resultan indispensables y sin ellos no hay medio de llegar a poseer ciencia alguna" (12).

Según este principio general, hasta los cinco años se ha de enseñar a los niños a hablar con soltura, luego han de aprender a escribir con claridad y, de modo simultáneo, a leer, utilizando para ello el Alcorán, cuyo conocimiento será a la vez la mejor base de su instrucción religiosa y de su formación literaria (13).

Pero este plan de Aben Házam parece contradecir la observación posterior de Ibn Jaldun, quien, citando un pasaje de Abu Bakr Ibn al-'Arabi (muerto en 543/1148), sostiene que, en la Es-

paña musulmana, a la lectura del Alcoran precedía el estudio de la gramática y de la poesía, a fin de que el alumno, pertrechado de un adecuado caudal filológico, pudiese abordar la lectura del Libro sagrado con mayor utilidad y provecho (14).

Sin embargo, acaso puedan concordarse ambas opiniones mediante una doble observación relativa a las materias de enseñanza y al tiempo en que los métodos de éste experimentaron cierta evolución: de un lado —y esto lo consigna el propio Ibn Jaldun en otro pasaje (15)—, los preceptores hispanomusulmanes exigían a sus alumnos, junto con la lectura del Alcorán, el aprenderse de memoria fragmentos poéticos y modelos epistolares, así como las principales reglas de la gramática; de otro, este matiz debió de acentuarse en los distintos reinos de taifas y en la época almorávide, aunque tal vez no de manera uniforme en todas las regiones de al-Andalus. Es muy probable, por tanto, que el resultado de esta evolución se advirtiera ya de modo sensible en tiempos de Abu Bakr Ibn al-'Arabi, citado por Ibn Jaldun.

Péres se pregunta si este sistema de los musulmanes españoles, que a partir de fines del siglo XI se diferencia con toda claridad del seguido por los orientales y norteafricanos, y que implica una concepción tan racional de la instrucción y de la educación, podrá atribuirse a influencia de la raza surgida en al-Andalus por la fusión de elementos en los que predominaba el ibero-romano, o derivará del espíritu judío-cristiano y del pensamiento griego. La respuesta a estos interrogantes exigirá sin duda un menudo análisis de datos y elementos muy diversos, a falta de documentos explícitos y fehacientes. De todos modos, esta especie de "humanismo", incierto aún en sus tendencias, pero ya determinado en sus métodos, llega a ser considerado por Péres como "el fenómeno más importante en la historia espiritual del Occidente hispanomusulmán" (16).

Tras esta breve digresión, volvamos al opúsculo de Aben Há-zam. Una vez que el niño sabe leer y escribir, ha de pasar al estudio de la gramática, y seguidamente, al de la lexicografía a base de algunos trabajos fundamentales, como el *al-Garib al-musannaf* de Abu 'Ubayd al-Harawi y el *Mujtasar al-ayn* de al-Zubaydi (17) ampliando luego estos conocimientos en las obras de otros autores, como *Abu Muhammad Tabit Ibn Tabit*, *Ibn al-Anbari*, *Abu 'Ali al-Qali*, *Abu Hanifa al-Daynuri* y otros (18).

Como documentos gramaticales y lingüísticos han de ser también estudiadas las poesías clásicas, pero, según el criterio moral que ha de presidir su selección, habrán de eliminarse las incluidas en cualquiera de estos cuatro grupos: 1.º Las *galantes* y *eróticas*, por su evidente inmoralidad, que conduce de ordinario a la corrupción de costumbres e incluso a la extinción de las creencias religiosas; 2.º las de carácter *bélico*, como las de los antiguos

poetas preislámicos 'Antara, 'Urwa Ibn al-Ward y Sa'ad Ibn Nasib, por cuanto excitan los instintos naturales, impresionan el espíritu e incitan a la cólera y a la violencia, a veces injusta; 3.º las *nostálgicas*, que provocan una melancolía romántica inútil, inquietante, pegajosa y aun a veces perjudicial; y 4.º las *satíricas*, que, al menospreciar a unos y zaherir a otros, siembran la discordia entre los hombres y enturbian sus buenas relaciones (19).

Para Aben Házam son recomendables, en cambio, la *loa* o *panegírico* y la *elegía*, siempre que en ellas se evite toda falsedad y exageración en el elogio del vivo o del difunto, respectivamente.

Es indudable que este limitado criterio moral deriva de la orientación religiosa que informa todo este plan pedagógico de Aben Házam, y no ha de atribuirse a su inexperiencia en la materia, pues nuestro autor no sólo era conocido como poeta, sino que él mismo se gloria, en un breve párrafo, de conocer a fondo los secretos de la poesía y de sentir la profunda emoción de sus encantos (20).

Después de poseer los conocimientos filológicos necesarios, el estudioso ha de pasar a los científicos, iniciando su aprendizaje por el cálculo aritmético y la geometría, como disciplinas introductorias, de una parte, para la cosmografía y astronomía, y, de otra, para la arquitectura y la mecánica (21).

A las disciplinas matemáticas han de seguir las filosóficas, siendo la lógica el pórtico natural de éstas, cual instrumento indispensable para realizar con provecho el estudio de las demás. Tras la lógica ha de estudiarse la física, con la variada gama de elementos que en ella se incluyen.

Y aquí intercala Aben Házam una observación curiosa: Desde su primera iniciación en las disciplinas científicas debe el estudioso cultivar, como descanso intelectual, la ciencia histórica, ya que sus reiteradas enseñanzas de orden moral producen en sus cultivadores decidida aversión a los crímenes que la historia registra y a la vez despiertan ansias de laudable emulación ante los actos nobles y heroicos de quienes sacrificaron su vida en beneficio de la humanidad (22).

Con esta preparación se puede abordar ya el estudio de la metafísica, pues, mediante las premisas tomadas de las ciencias físicas y exactas y el auxilio instrumental de la lógica, el entendimiento humano puede llegar a esta doble conclusión: el mundo es temporal y finito, y Dios es su primera y única causa.

En conexión inmediata con esto, el estudioso ha de examinar la posibilidad o imposibilidad de la revelación de Dios a los hombres, y, una vez que ha demostrado, no sólo su posibilidad, sino también su real existencia, la metafísica ha terminado su cometido y debe ceder el paso a la teología dogmática. Misión de ésta es, en opinión de Aben Házam, el estudiar cuidadosamente los tí-

tulos exhibidos por los varios fundadores de religiones positivas para justificar su pretensión de enviados y mensajeros de Dios a los hombres.

Llegado a este punto en la progresiva ascensión de su plan pedagógico, nuestro autor canta las excelencias de la teología en tal forma que acaso la expresión más justa de su pensamiento sea la célebre fórmula acuñada por la escolástica cristiana de la Europa medieval, *Philosophia ancilla Theologiae*, incluyendo en la filosofía toda clase de ciencias. La teología es el punto más elevado a que puede llegar el conocimiento racional del hombre, y por ello su estudio ha de preferirse al de cualquier disciplina científica, ya que todas las ciencias profanas, aún las más veraces y exactas, son útiles tan sólo como auxiliares para llegar al conocimiento y la práctica de la verdad revelada (23).

A pesar de esto, Aben Házam considera lícito, y aún meritorio, el ejercicio de las profesiones basadas en el cultivo de las ciencias, por ejemplo la de maestro de primeras letras y la de médico, pero siempre que se ejerzan para ganarse el sustento necesario y con la sana intención de hacer bien al prójimo, más no con el fin primordial y exclusivo de enriquecerse.

En cambio, juzga espiritualmente muy peligroso el ejercicio de cualesquiera profesiones científicas al servicio de los príncipes, en especial la de médico y la de astrólogo; ésta, porque quien la ejerce se ve obligado a frecuentes simulaciones y falsedades; aquélla, "porque, de ordinario —escribe irónicamente Aben Házam—, los regios pacientes son necios, fieros e irritables cuando un régimen curativo les priva de sus placeres, y es evidente que tales defectos no pueden compaginarse con el ejercicio de su profesión por parte del médico, al cual menosprecian sino llega casi a resucitar a los muertos; si se pliega a sus caprichos, por fuerza ha de engañarlos, y si les aconseja con lealtad, le desobedecen y aún llegan a considerarle insoportable" (24).

En conformidad con todo lo expuesto, el auténtico sabio no ha de dejarse arrastrar por los bienes caducos, como son las riquezas, e incluso la fama y los honores, sino que en su mente ha de primar siempre el logro de su fin último y la conquista de la verdad —el mejor patrimonio del hombre como ser racional—; para ello no ha de perdonar sacrificios ni arredrarse ante lo que algunos podrían juzgar dispendio en la adquisición de los libros necesarios o simplemente útiles para lograr su primordial objetivo. Pero, en materia de libros —advierde Aben Házam—, el estudioso ha de evitar un doble peligro: ni debe limitarse a uno sólo en cada disciplina, lo que implicaría un conocimiento pobre y unilateral, ni tampoco debe sentirse atraído por el afán de quienes todo lo leen sin orientación definida y todo lo saben de manera superficial.

Y aquí nos habla el escritor cordobés de la especialización

científica con igual criterio que pudiera hacerlo un hombre de nuestro tiempo. Para comprender el nexo íntimo que enlaza la estructura orgánica de las distintas ciencias, es muy conveniente tener ciertas nociones generales de cada una de ellas, ya que, debido a la cortedad de la vida humana, el hombre no puede abarcarlas todas con profundidad y sin limitación. "Por ello el estudioso ha de consagrarse al cultivo preferente de aquella o aquellas ciencias para las que se siente naturalmente más apto y con mayor vocación; éstas podrán ser una, dos, tres y aún más, pero ello —aparte la ayuda de Dios— dependerá lógicamente de su capacidad intelectual, de la robustez de su complexión, la viveza de su ingenio y la perseverancia en el estudio. Si fuese sólo cuestión de deseos, todos querrían ser los más famosos entre los hombres; pero la inteligencia y el trabajo son dos factores esenciales, como lo son también, en muchos casos, el dinero y la peculiar situación de cada uno" (25).

Desde un punto de vista más universal, Aben Házam establece una clasificación de los conocimientos humanos que, por el número septenario de sus elementos, nos recuerda la formada por el *trivium* y el *cuadrivium* de las artes liberales, clásicas en la Europa cristiana de la alta edad media. Pero entre ambas existe una diferencia esencial respecto a su primera parte, ya que el *trivium* de Aben Házam se inspira en el criterio teológico y religioso que informa todo el opúsculo y determina en parte su originalidad. Cada pueblo, subraya nuestro autor, tiene su historia, profesa su peculiar religión, y sus libros sagrados están escritos en una determinada lengua; tres ciencias que serán distintas, por tanto, en cada pueblo: La ciencia de su religión, la de su lengua y la de su historia.

Las cuatro restantes, equivalentes al *cuadrivium* latino, serán por el contrario comunes a todos los pueblos, religiones, lugares y tiempos: tales son la aritmética, la astronomía, la medicina y la filosofía (26).

Como colofón de esta segunda parte de su opúsculo, Aben Házam brinda al estudioso algunos consejos de universal aplicación, pero más bien de índole moral que pedagógica: "No debe menospreciar las ciencias que ignora, pues sería prueba de su imperfección y de que habla sin saber lo que dice; ni ha de envanecerse de las que conoce, porque el mérito de su saber perdería brillo y él mismo se haría acreedor al odio del Dador de todo bien. No ha de envidiar a quien le supere en erudición, sino más bien emularle con desinterés y noble afán; ni debe subestimar a quien menos que él supiere, pues antes del aprendizaje le igualaba en ignorancia. No debe ocultar su ciencia a los demás, ya que sería semejante a ellos en cuanto a la inutilidad de su saber; ni tampoco debe tratar de una ciencia sin antes conocerla a fondo, porque ello amenguaría su prestigio. Por último, no ha de buscar me-

dian­te el estudio un fin mundano, pues lo superior no debe su­peditarse jamás a lo inferior" (27).

Al leer estos consejos tuve la sensación de cosa conocida, aunque un poco lejana en mi recuerdo; y, efectivamente, después de unos momentos de búsqueda y reflexión, dí con el mismo pa­sa­je en el *Catálogo de las ciencias* de *al-Farabi*, para mi medianamente familiar, por cuanto después de la prematura e inesperada muerte de mi querido y recordado profesor don Angel González Palencia, hu­be de encargarme de corregir las pruebas de su segunda edición y del reajuste de las notas que en la misma se efectuó (28).

Pero el citado pasaje no debe de ser tampoco original de *al-Farabi*, sino que parece agregado posteriormente al fin de su opúsculo en el manuscrito 646 de El Escorial, utilizado por González Palencia como base de su edición (29). Esto se prueba por varias razones: primero, porque su mismo título lo indica (*Fasl min gayr hada al-kitab*, "Capítulo de otro libro"); luego, porque no se halla en el manuscrito de El Cairo utilizado por el profesor 'Utman Amin en su edición de 1931; y, finalmente, porque falta asimismo en las dos versiones latinas medievales publicadas por González Palencia, una verosímilmente de Domingo Gundisalvi y la otra de Gerardo de Cremona.

Tal coincidencia —cuyo origen explicaré en otra ocasión— me llevó a comparar, aunque hasta ahora sólo de manera restringida, los opúsculos de *al-Farabi* y *Aben Házam*, los cuales, si bien presentan una estructura externa similar, están elaborados con un criterio muy diverso, pues el autor cordobés, además de invertir el orden establecido por *al-Farabi* para la lógica y las matemáticas, supedita su clasificación de las ciencias al plan pedagógico de su enseñanza y acentúa el aspecto religioso y teológico en orden a que el hombre enfoque todos sus conocimientos a la consecución de su fin último, objetivo supremo de su vida en la tierra.

* * *

En la tercera y última parte de su opúsculo trata Aben Házam de la relación que todas las ciencias guardan entre sí; pero, una vez más, y en consonancia con todo lo anterior, su criterio es también aquí casi exclusivamente religioso. El fin para el cual ha sido el hombre creado y puesto en el mundo, y por el que debe consagrarse al estudio, consiste únicamente en saber y cumplir lo que Dios quiere de él; y el medio de conseguir ese fin es conocer, confesar y practicar la ley revelada por Dios. Pero esto preexige, de una parte, el conocimiento de la lengua, de la gramática y de la poesía, para entender la ley que en dicha lengua está escrita; y, de otra, ciertas nociones de historia genealógica, de cálculo aritmético, lógica, medicina, etc., para los fines indispensables tanto en la vida religiosa como en la profana (30).

De aquí deduce Aben Házam la obligación que todo hombre tiene de evitar la ociosidad y ocuparse en una de las profesiones más meritorias y útiles a la sociedad, entre las que prima el estudio de las ciencias religiosas, lo mismo si está cierto de la vida futura, como si de ella duda o en ella no cree: en el primer caso, porque resultaría absurdo gastar en otras ocupaciones el tiempo y el esfuerzo necesarios para conocer y poner en práctica los medios indispensables para lograr un fin de cuya existencia está completamente cierto; en caso de duda, porque sería también un insensato quien no emplease todos los medios a su alcance para examinar tan delicado problema y abandonar ese estado de incertidumbre; en cuanto al tercer caso —el de quien no cree en la existencia de una vida ultraterrena—, Aben Házam se adelanta en varios siglos a la actitud de Pascal e intenta convencer al incrédulo de la imposibilidad de lograr en esta vida terrena la felicidad a que aspira, sembrando con ello la duda en su espíritu y moviéndolo a estudiar a fondo este problema (31).

Estas páginas, de tal profundidad y viveza que acaso resulten las más logradas de todo el opúsculo, culminan en las siguientes palabras acerca de los incrédulos, que lo son por creerse sabios: "Esos tales no son verdaderos sabios, pues, aun cuando dominen una reducida parcela del saber científico, es mucho más lo que ignoran, aparte de que todo su esfuerzo en este campo no les ha servido para salir de las tinieblas de su ignorancia respecto a la existencia de Dios... Envanecidos por poseer una porción pequeña de alguna ciencia, creen que ese es el *summum* a donde puede llegarse, y desprecian todas las demás, minimizando a sus cultivadores. Achaque suele ser éste de principiantes en el tiempo de su adolescencia y en la flor de su juventud, mas puede decirse también que semejante enfermedad resulta de ordinario incurable aun con el correr de los años y el natural desarrollo de la capacidad intelectual" (32).

Conforme a esta menguada visión —concluye Aben Házam—, los teólogos desprecian a los juristas, a los astrónomos y a los médicos; los filólogos, por su parte, desestiman a los teólogos, y los médicos se burlan por igual de los teólogos, los juristas y los astrónomos. Pero todos ellos, al poner su afición en una sola ciencia con menosprecio de las demás, yerran lamentablemente, como aquél que se preocupa tan sólo de allegar herramientas y materiales para edificar, más sin emplearlos jamás en construir edificio alguno. Es necesario, por tanto, afirmar que, si entre todas las ciencias existe una íntima relación, igual ha de ser la solidaridad y armonía entre los cultivadores de cada una, ya que sólo así la ciencia puede servir al hombre de medio para lograr su último fin.

D. C., O. F. M.

N O T A S

(1) Luego fue reeditada en *Disertaciones y opúsculos*, I, Madrid, 1928, pp. 229-259.

(2) Ocupa los folios 253v-264v.

(3) M. Asín Palacios, *Un códice inexplorado del cordobés Ibn Házam*, en *Al-Andalus*, II (1934), pp. 1-56; el extracto de la *Risalat maratib al-'ulum*, pp. 46-56, donde rectifica ciertas conjeturas que con anterioridad había formulado sobre el contenido de este opúsculo basándose únicamente en su título y en las brevísimas referencias de los biógrafos, ya que se consideraba perdido. Cfr. su obra *Abenházam de Córdoba y su "Historia crítica de las ideas religiosas"*, I, Madrid, 1927, p. 247.

(4) Lleva por título *Risalat al-tawfiq 'ala sari' al-naya bi-jtisar al-tariq*, "Epístola del auxilio divino para hallar por métodos compendiosos el camino de la salvación", y ofrece una sinopsis de las ciencias griegas e islámicas; extracto de Asín en las pp. 9-13 del citado artículo.

(5) *Fasa'il Ibn Hazm al Andalusi*, Cairo, 1954. La edición del opúsculo *Risalat al-tawfiq*, pp. 43-55; la de *Risalat maratib al-'ulum*, pp. 59-90. El editor no alude en su introducción al trabajo de Asín.

(6) A lo largo de estas páginas, y en más de una ocasión, habré de seguir muy de cerca las palabras de Asín, por cuanto su extracto es a veces una auténtica e insuperable traducción.

(7) El propósito de subrayar aquí esta especial relación me obligará a prescindir de ciertos aspectos en el análisis del opúsculo de Aben Házam, a fin de exponer con la mayor claridad posible el esquema de su trayectoria didáctica.

(8) En la *Historia de la España musulmana* de E. Lévi-Provençal, traducida por don Emilio Garía Gómez, se alude ya a este aspecto del opúsculo con las siguientes palabras: "Esta *risala*, que merecería ser publicada y traducida íntegramente, está llena de puntos de vista del mayor interés, aunque siempre personalísimos y acerados, sobre la jerarquía de las ciencias que regía en la España del siglo XI y sobre las obras clásicas que servían de base para la enseñanza". *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, V, Madrid, 1957, p. 266, nota 30.

(9) *Risala*, ed. p. 59.

(10) *Risala*, ed. p. 61.

(11) *Risala*, ed. pp. 61-62.

(12) *Risala*, ed. p. 63.

(13) *Risala*, ed. pp. 63-64.

(14) *Muqaddima* ("Prolégomènes"), ed. Quatremère, III, p. 263; traducción francesa por De Slane, III, París, 1888, pp. 288-289.

(15) *Prolégomènes*, III, pp. 286-287, trad. De Slane.



(16) Henri Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XIe siècle*, 2.^a ed., París, 1953, pp. 24-27.

(17) Acerca del teólogo, jurisconsulto y filólogo *Abu 'Ubayd al-Qasim Ibn Sallam al-Harawi*, muerto probablemente en Meca o Medina el año 223/837, cfr. *Encyclop. de l'Islam*, I, 114; Brockelmann, *GAL*, I, 106 y *Suppl.*, I, 166.—Sobre *Abu Baḳr Muhammad Ibn al-Hasan al-Zubaydi*, maestro de *Hisam II* y muerto el año 379/989, cfr. F. Pons Boigues, *Historiadores y geógrafos árabe-españoles*, Madrid, 1898, pp. 90-93. Su *Mujtasar al-'ayn* es un compendio de diccionario de *Jalil Kitāb al-'ayn*, que se hizo clásico en las escuelas de la Península y del que se conservan algunos ejemplares en bibliotecas españolas. Cfr. Hartwig Derenbourg, *Les manuscrits arabes de l'Escurial*, I, París, 1884, p. 392; F. Guillén Robles, *Catálogo de los manuscritos árabes existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid*, Madrid, 1889, p. 4, n.º V; Pons Boigues, *op. cit.*, p. 92, n.º 5, etc.

(18) Acerca de *Muhammad Tabit Ibn Tabit*, cfr. *Ibn al-Nadim, Fihrist*, ed. Cairo 1348/1929, pp. 103-104.— Sobre *Ibn al-Anbari*, muerto en 328/939, cfr. *Encycl. de l'Islam*, II, 354; Brockelmann, *GAL*, I, 119 y *uSpl.*, I, 182.—Para *Abu 'Ali al-Qali*, muerto en 356/967, cfr. *Encycl. de l'Islam*, II, 736; Brockelmann, *GAL*, I, 132 y *Suppl.*, I, 302.—En cuanto a *Abu Hanifa*, muerto en 282/895?, cfr. *Encycl. de l'Islam*, I, 1005; Brockelmann, *GAL*, I, 123 y *Suppl.*, I, 187.

(19) *Risala*, ed. pp. 65-66.

(20) *Risala*, ed. p. 67; líneas editadas ya por Asín en el citado artículo de *Al-Andalus*, II, p. 49, nota 1.

(21) *Risala*, ed. pp. 67-68.

(22) *Risala*, ed. pp. 71-72; las ideas de Aben Házam acerca de la ciencia histórica no dejan de tener cierto interés dentro del plan pedagógico en que él las encuadra.

(23) *Risala*, ed. pp. 72-73.

(34) *Risala*, ed. p. 76.

(25) *Risala*, ed. p. 77.

(26) *Risala*, ed. p. 78.

(27) *Risala*, ed. pp. 80-81.

(28) Madrid, Instituto Miguel Asín, 1953, pp. 107-108 del texto árabe, 79 de la traducción. Aparte ligerísimas variantes de origen gráfico, el copista del manuscrito escurialense omitió una línea del texto, que aparece completo en Aben Házam.

(29) De momento no puedo afirmar si falta también, aunque lo estimo probable, en el manuscrito descubierto en Nagaf por el jeque *Muhammad Rida al-Sabibi* y publicado en 1921 en el periódico *Al-Irfan* de Saida, ni en el manuscrito 1604 de la Biblioteca Kuprulu de Istanbul. Sobre estos dos manuscritos, véase la introducción de González Palencia a su ed. y trad. del opúsculo de *al-Farabi*, pp. X-XI.

(30) *Risala*, ed. p. 81.

(31) *Risala*, ed. pp. 83-86. A *Los precedentes musulmanes del Pari de Pascal* ya había dedicado don Miguel Asín un extenso artículo de 64 páginas en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, Santander, 1920.

(32) *Risala*, ed. p. 86.